

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

El haber anunciado un diputado radical que va a romper la actitud de prudencia que viene observando respecto de la guerra por la conducta de las llamadas derechas con relación a Alemania constituye una grave amenaza, aunque el gobierno no le haya dado la importancia debida. En cuanto se trasladen a las Cortes las apasionadas luchas que los españoles sostienen en toda clase de reuniones a propósito de la guerra, en cuanto se exterioricen en la tribuna parlamentaria las simpatías y los odios que cada español lleva en su pecho y en la forma violenta que la pasión impone en estos casos, habrá que dar por terminada la legislatura, si es que no queremos vernos complicados repentinamente en algo internacional y desagradable.

Hay días que notamos cierto desasosiego en los que desde un principio no están bien hallados con la neutralidad. En la minoría conjuncionista se tomó un acuerdo antes de abrirse las Cortes, que revelaba su propósito de no guardar la prudencia y que parecía haberse sometido; en un momento con periodistas franceses, parece haber manifestado el jefe de los reformistas el propósito de exponer su pensamiento favorable a los aliados y en la prensa radical se refleja claramente la intención de hacer campañas más enérgicas en pro de los beligerantes por quienes tienen simpatías. Todo esto peligroso en sí, resulta más censurable por la causa que lo ha determinado en estos momentos.

Se trata de Ferrer, del famoso monumento de Ferrer en Bélgica, que no es estatua del desgraciado revolucionario, como dicen algunos periódicos, sino una escultura simbólica con inscripción ofensiva para España, y que la autoridad alemana que gobierna en Bruselas ha mandado retirar.

Todavía no se sabe por qué ha sido destruido el monumento; pero ha bastado la noticia telegráfica para que los radicalísimos españoles funden en esto sus nuevas agresiones a Alemania y arriesgan en su amor a Francia. ¿Se puede dar una falta mayor de patriotismo que la de estos políticos que van a fundar sus opiniones respecto de una cuestión internacional en un suceso de orden y política interior como lo es el fusilamiento de Ferrer? Y no es menos comprometedor la exageración de los jaimistas ó extrema derecha que ven en la retirada de ese monumento un motivo por el cual España debe de hecho permanecer del lado de Alemania en la actual contienda.

El general que haya mandado retirar ahora el famoso monumento no podrá quitar el que muchos que en su patria se llaman así propios sabios, levantarán al falso pedagogo, calificando de intolerante é inquisitorial a la nación española entera. Como tampoco podrán borrar los franceses lo que entonces escribieron en sus periódicos y lo que dijeron é hicieron ante nuestra embajada en París. Si queremos recordar el monumento a Ferrer sea sólo para lamentar como los pueblos más adelantados, cuando se trata de España, desconocen en absoluto su genio, su derecho positivo, su cultura, su progreso, todo, para aceptar como artículo de fe las calumnias más infames y las mentiras más grotescas.

¿No resulta recordando estos sucesos absolutamente ridículo que ahora se quieran fundar las simpatías por unos u otros beligerantes en la conducta que hayan seguido ó sigan en lo que se relacione con Ferrer y su memoria? ¿Por qué no tendremos patriotismo bastante para pensar sólo en España cuando examinamos la actual contienda y sus conveniencias ó derivaciones? El corazón español debe desear ante todo, por un sentimiento de humanidad, que la lucha termine pronto y que no termine con daño para nuestra patria. Esta es la fórmula del hombre de buen sentido que no se deja arrastrar por odios ni por malas pasiones y que tiene puesta la vista en el engrandecimiento del suelo que le vio nacer.

En este orden venimos exponiendo nuestro parecer desde que en mal hora comenzó la actual guerra, y nunca pudimos suponer que entre los motivos de imprudencias que llegarán a cometerse figurase otra vez el asunto Ferrer, su monumento y su significación. Ahora por lo visto se quiere dar otro golpe al famoso fusilamiento para encender nuevamente todas las pasiones, para recrudescer antiguos hechos y para que idóneos y liberales tengan la satisfacción de repetirse al oído el célebre «¡Maura, no!»

Trabajo inútil en lo que a la semana sangrienta y sus consecuencias se refiere: los años han pasado, y los distintos esfuerzos que se han hecho para reavivar los odios con que se combatió la política de Maura han fracasado completamente. De igual modo fracasará todo lo que de nuevo se intente en este sentido; la oligarquía reinante no necesita de estos reactivos para afirmar y robustecer su existencia; el monopolio del poder lo ejerce sin que

nadie lo dispute, hasta que el cuerpo electoral comprenda un día su obligación y su fuerza.

Por hoy sólo nos alarma que la resurrección de aquellos sucesos, que la memoria de Ferrer, sirva para manifestaciones de carácter internacional peligrosas en estos momentos y para determinar actitudes que pongan en peligro nuestra difícilísima neutralidad.

El señor Dato como jefe del Gobierno y, por lo tanto, el que tiene la mayor y más grave responsabilidad en esta materia debe procurar que se corte a tiempo la campaña de manifestaciones de simpatía y antipatía que se inicia y que puede llegar a extremos de trascendental gravedad. No se puede ni debe olvidar que existen muchos elementos amigos de Francia unos, y amigos de Alemania otros que a toda costa quisieran comprometer a su patria en pro del beligerante que tiene sus simpatías; algunos por creer que esto conviene a los intereses nacionales; otros por absurdas razones de política interior y muchos por simple movimiento de simpatía.

El deber del Gobierno es evitar que estos pensamientos particulares cristalicen en forma de manifestación ostensible y pública. Cualquier imprudencia puede costarnos cara. No olvidemos que España en esto de la neutralidad esta atravesando un peligroso desfiladero al lado de un abismo. Cualquier movimiento irreflexivo la puede hacer caer al fondo.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

Los hombres ilustres, los grandes hombres, merecen que sus compatriotas les erijan monumentos y está muy bien que en nuestras capitales y hasta en nuestros pueblos se levanten estatuas para perpetuar la memoria de los grandes hombres, de los hombres ilustres. En calidad de hombre ilustre la tiene ya hasta el conde de Romanones.

En Córdoba se ve a erigir una nueva estatua de otro hombre ilustre: del torero Lagartijo, representación, personificación, encarnación de la raza, símbolo de la España de toros y de pandereta. Y los cordobeses no han pedido al gobierno la concesión del bronce necesario, porque quieren que el monumento sea levantado con dinero del pueblo.

Tengo la convicción de que ese monumento se mostrará ante el mundo mucho antes, muchísimo antes que en Barcelona los de Verdader y Pi y Margall. ¿Sabéis por qué, queridos lectores? Pues en primer lugar por ser de Lagartijo, y después por la forma en que se hará la recaudación del dinero necesario. Nada de subvención oficial, nada de suscripción popular; un medio más rápido, más seguro, más eficaz es—y él se acude—la organización de corridas de toros, con fenómenos y catástrofes, porque el éxito es seguro. Nuestro buen pueblo es capaz de empeñar hasta la camisa (suponiendo, y es mucho suponer, que todavía nos quede alguna camisa de desecho de tienda y cerrado) por presenciar la brillante fiesta nacional, y en seguida tendremos fondos más que suficientes para inmortalizar en mármoles y bronce aquellas famosas medias estocadas lagartijeras que un día fueron asombro del mundo civilizado.

Yo soy un entusiasta (!) de la fiesta nacional y me alegro muchísimo de que a Lagartijo (q. e. p. d.) se le haga una estatua en Córdoba. Ese, ese es el camino de una política verdad que nos conduzca a la suspirada regeneración de la patria. Que la idea cunda, que tenga la acogida que merece y ya verán ustedes qué pronto la plaza de Cataluña podrá exhibir a los forasteros que aquí vengan un monumento erigido a otro catalán ilustre: al Trueno chico de la Barceloneta.

CAROLÍN

IDEAS Y PALABRAS

La palabra única

Era anoche. El viento helaba y una llovizna frígida y menuda, que parecía nieve pulverizada, azotaba el rostro. Salía yo de una habitación bien caldeada y con esa precaución con que empezamos a defender la salud los que vamos ya para viejos, me digna a mi casa, caíle arriba, a buen paso, a fin de conservar el calor del cuerpo, levantado el cuello del bien abrochado gabán y las enguantadas manos en el fondo de los bolsillos, baja la cabeza, pensando en mis asuntos, indiferente a cuanto alcanzaban mis ojos, con esa indiferencia propia del habitante de la ciudad populosa que ve demasiadas cosas para que le llame la atención cosa alguna. Al doblar una esquina parecióme haber rozado con un hombre alto, un poco encorvado, apoyado en un bastón, el paso tardado. No me había fijado en él y pasé rápidamente; pero él hizo llegar a mis oídos una palabra y con esa sola palabra detuvo mis pasos, hizo que me olvidara del frío, de la llovizna, de mi prisa, de mi salud, de mis bronquios; una palabra de tal virtud que llegó al fondo de mi corazón y me hizo desandar algunos pasos, desabrocharme el gabán y darle una limosna.

¿Ignoraba aquel hombre toda la virtud de su palabra? Tal vez; lo que no debía ignorar era su eficacia, puesto que la decía; pero experimentó su virtud: yo sé que es la palabra única, la más humana, la más divina, la más honda, la más cristiana... y en el caso aquél la más española. Aquel pobre me hizo una petición bella, grande, suprema, en breves palabras: Una limosna por Dios... Una limosna y por

Dios es ya mucho: es la invocación más propia, la más reverente, la más cristiana y la más digna, pues no rebaja al que pide y recompensa por sí misma al que dá. Es una invocación hermosísima, llena de resignación y al mismo tiempo de promesas soberanas, las que hizo Jesús a los que en su nombre hicieron obras de misericordia. Pero aquel pobre—me resistió a llamarle mendigo—dijo más, todavía más: después de la petición presentó su ejecutoria y me llamó hermano. «¡Una limosna por Dios, hermano!» ¡Hermano!

No me llamó caballero, ni señor, ni paisano, ni compañero, ni amigo, ni siquiera ciudadano; pero de un golpe, con esa sola palabra, única en el lenguaje humano, sin humillarme ni humillarse, se puso a mi lado, a mi mismo nivel, sin que pudiera ofenderme ni rebajarme ni rendirme homenaje, con una palabra que excita el amor y no excluye el respeto, presentándose, junto con su petición, su su derecho y su ejecutoria, la más alta y más justa y más modesta y más clara y más limpia y más noble. ¿Por qué ese hombre, al pedirme una limosna, no me adula ni me halaga, y en cambio me dice una palabra que me obliga, y me obliga tan suave y al mismo tiempo tan eficazmente? Si me hubiera llamado amigo no hubiera dicho la verdad; si me hubiera llamado caballero hubiera podido adularme, porque no tengo dominio sobre él; si paisano, porque no sabía si era yo extranjero; si compañero, porque tenemos distinta posición; si ciudadano, porque es palabra hueca, de puro sentido político...

¿Qué palabra podía emplear para no equivocarse ó no ofenderme ó no humillarme y fuera al mismo tiempo la exacta, la precisa, la única para que yo, un desconocido y fuese quien fuese y lo que fuese, le entendiera, si no era de hermano? Podía ser yo extranjero, pertenecer a otra raza, ser principito ó mendigo como él, santo ó criminal, sabio ó ignorante, poderoso ó desvalido, y por lo tanto podía engañarse al dirigirse a mí dándome cualquier título, cual quiera menos ese: hermano.

Acudí a la ciencia y al arte y busqué una palabra que diga tantas cosas como esa, que encierre tanto en sí misma para las relaciones de unos hombres con otros, que abarque una idea tan amplia, tan alta, tan pura y tan cierta, y no os la hallarán. Los hombres que hicieron una Revolución para autorizar, entre otras cosas según ellos decían, la fraternidad, despreciaron esa palabra.

Se avergonzaron seguramente de emplearla porque la suya no era la fraternidad verdadera; buscaron otra que no fuera cristiana y se dieron el título vulgar, mezquino é inexpressivo de ciudadanos. Es que las palabras que expresan ideas eternas y profundas están ya hechas y lo que ellas expresan está hecho ya desde que el hombre es hombre, y ese pequeño mundo del corazón y la mente del hombre no ha variado desde Adán en lo que es esencialmente humano. Vestirá pieles ó sedas, no podrá hacer más que pisar la tierra ó volará por los aires ó bajará a los abismos, tendrá que esperar que el rayo encienda el fuego para calentarse ó tendrá el rayo en su mano y dominará el mundo; pero en el fondo será el mismo Adán, el mismo Cain, el mismo Abel y las palabras madres, que encierran en sí mismas los sentimientos grandes, y profundamente humanos, ya eran propiedad del hombre en los albores de la humanidad.

Al llamarme hermano aquel hombre hirió mi corazón y por mi mente pasó un instante su genealogía, una genealogía sin nombres ni aún el suyo; pero en lo más alto de ella estaba el nombre de Dios y recordé aquella estúpida palabra, quizá la más grande y más grande y más sencilla que haya escrito jamás mano de hombre, aquella serie de generaciones que cita San Lucas en su Evangelio y va ascendiendo desde Jesús y enunciando qui fuit hasta llegar al principio de la humanidad: Qui fuit Henos, qui fuit Set, qui fuit Adam, qui fuit Dei.

La genealogía del rey, la mía, la de aquel pobre son la misma, salvo insignificantes accidentes; todos, siguiendo esos qui fuit, tenemos que llegar hasta ese sublime qui fuit último y en él hallar al Padre: por esto ese hombre me llamó hermano y tiene el derecho de llamarme así y ante ese nombre toda mi sangre y mi carne y mis huesos tienen que conmovirse como no me conmoviera ningún otro título que pudiera darme. Es verdad que hay otros más altos que ese: el de padre ó el de hijo; pero esos no son ciertos más que cuando son verdaderos y nada más que mis hijos tienen derecho a llamarme padre, y nadie en el mundo, porque ya no están en el mundo los que me daban este dulce nombre, puede llamarme hijo; pero hermano... hermano pueden llamarme todos los hombres que viven sobre la tierra y cuando alguno invoque este título supremo yo no puedo pasar de largo sin que se conmueva mi corazón. Y por esto, después que le he hecho mi pobre limosna, sentí un hondo placer en decirle, contestando a sus palabras de gratitud, estas palabras también esencialmente cristianas y españolas, pues en ningún otro país del mundo se llaman recíprocamente hermanos el mendigo y el caballero: «Quédese con Dios, hermano.»

ANGEL RUIZ Y PABLO

LAS IDEAS Y EL LIBRO

Un discurso de La Cierva

comentado por Azorín

Este libro de Azorín lo forman una serie de comentarios a la vida política española sugeridos por un discurso que don Juan de La Cierva pronunció el verano último en el Congreso. Es como una segunda parte ó continuación de otro libro que hace unos cuantos años escribió. Nos referimos a *El político*. En éste, Azorín teoriza sobre las condiciones prácticas que debe reunir el hombre público. Se refiere tanto al dominio que sobre sí mismo ha de tener el político ante el elogio como a la manera de conducirse en sociedad y al modo como ha de vestir. Va describiendo, en breves capítulos sucesivos, la imagen que del perfecto político ha forzado, no como tipo abstracto sino como ejemplo posible. Este nuevo libro de comentarios a un discurso de La Cierva lleva al plano de la realidad política española algunas de las cuestiones esenciales que en *El político* se contenían expresadas ó tácitamente; no se fija el autor tan sólo en la persona del hombre público sino en la complejidad de su actuación en la vida nacional, y en la vida nacional misma. En el último capítulo, declara Azorín que lo que intenta exponer es una doctrina conservadora. Más aún, precisando más, intenta exponer la doctrina conservadora. Cree que el ideal de un partido político «ha de tener por base, no meras adjetividades, sino cosas fundamentales y substantivas». Y, realmente, el arte del hombre público para sostener su situación, arte que se expone en *El político* es lo adjetivo. Por esto aunque toma Azorín como motivo inicial de su libro al discurso de un político, pronunciado en el Congreso, tan sólo pone atención y comenta aquellas frases, aquellos períodos del discurso en que el orador se refiere a problemas esenciales, substantivos de la política, ó revela en ella, una actitud espiritual digna de fijar nuestra atención.

En el capítulo XXXIX de *El político* dice Azorín que un discurso «es una obra escénica completa; el orador perfecto tiene a la vez del autor dramático y del actor. Concurren al éxito del discurso mil diversas circunstancias. Tenemos ante todo, la autoridad de quien habla; luego el momento en que se habla; también la ansiedad, la expectación que se ha formado respecto a lo que se espera que diga el orador. El arte del orador consistirá, continúa diciendo Azorín, en realizar las circunstancias. «Si tiene este arte, no será necesario que diga grandes cosas, que use grandes palabras.» Toda la doctrina contenida en este capítulo de *El político* tiene su desarrollo, su demostración práctica en una manera como el aludido discurso de La Cierva se reflejó en la sensibilidad penetrante, tranquila y despierta de Azorín. Diríamos una sensibilidad inteligente, es decir, activa, influyendo con más fuerza sobre la sensación misma de lo que ésta pudo influir en ella. A través de esa sensibilidad la oración parlamentaria se descompone, se combina de nuevo, se transforma. Cuando el comentarista cita una frase, ésta parece sufrir una refracción que la hace variar de sentido, de intensidad, de tono.

Leyendo el último libro de Azorín nos vino a la memoria sin saber cómo, por asociación, el «L. koong» de Lessing. Diametralmente distanciados, esos dos libros obedecen a una misma necesidad del espíritu. Lessing, movido por la sugestión de unos párrafos de Winckelmann, en que se pondera la virtud del arte griego en dar una expresión de las pasiones, en su tranquilidad y grandeza, levantó su teoría acerca de las condiciones del arte pictórico y del arte escultórico. La obra de los tres artistas rodios, el famoso grupo escultórico del Museo Vaticano, es el punto inicial, ó mejor, el punto de apoyo de las teorías de Lessing. El sacerdote troyano y sus dos hijos, sujetos en un doloroso esfuerzo. Es la expresión del dolor físico. Sin embargo, el Lacoonte griego no lanza el horrible grito que le atribuye Virgilio. «La abertura de la boca indica mejor un suspiro ahogado y lleno de angustia», dice Winckelmann. Pero Lessing, que perseguía un ideal de belleza que pudiese concretarse fácilmente en una teoría, buscó por otro camino el por qué el Lacoonte griego no tiene en el rostro una expresión violenta. Y la encontró al suponer que el escultor se propuso representar la belleza en su más alto grado con la accidental condición del dolor físico, deteniéndose antes de llegar a la contorsión en que se hubiera desvanecido la pura belleza imaginada.

Azorín intenta exponer la doctrina conservadora. Y encuentra, obstáculo formidable en su camino, el concepto que de la vida política se tiene. Comunmente se considera que el mundo político no obedece a leyes, no sigue un determinado ritmo de evolución, no puede afanzarse